

El problema de la noción de inmanencia en Michel Henry

JOSÉ RUIZ FERNÁNDEZ¹
U. Complutense de Madrid

I

Cuando hablamos de la fenomenalidad queremos referirnos al modo como lo mostrado se muestra, a lo originariamente característico del fenómeno, a aquello en que *ser fenómeno* consiste. La determinación de la fenomenalidad es un problema controvertido dentro de la tradición fenomenológica. Aquella que es dominante sostiene que todo lo compareciente se muestra en una distancia que “pone delante”: en una “apertura trascendental” en la que se desplegaría un horizonte de comparecencia, un horizonte de sentido. La posición fenomenológica fundamental que asume la fenomenalidad como *trascendencia* es designada por Michel Henry con el nombre de «monismo ontológico». A través de un análisis pormenorizado Michel Henry ha puesto de relieve que el monismo ontológico es fenomenológicamente insostenible, es decir, que es imposible que la esencia originaria de la manifestación pueda acreditarse como trascendencia. Michel Henry ha visto claramente que si la esencia de la manifestación pretende ser, en verdad, una esencia fenoménicamente real, ella tiene que manifestarse y ella ha de ser autónoma. Es decir que, por un lado, si la pretendida esencia de la manifestación no se introduce dogmáticamente ella *ha de mostrarse*². Pero, por otro lado, si la esencia es efectivamente la esencia originaria de la manifestación, su mostrarse no puede arraigar en un modo de manifestación distinto de ella misma³. En este sentido se dice que ella debe ser *autónoma*. Pues bien, esta doble consideración implica *ipso facto* que la esencia de la manifestación no puede ser legítimamente concebida como trascendencia. Al pensar la trascendencia como modo originario de manifestación, lo correlativo y el horizonte de sentido en que lo correlativo comparece aparecen fundados en una distancia que despliega antecedentemente la posibilidad de un mostrarse. Ahora bien, la trascendencia sólo podría acreditarse como la esencia originaria de la manifestación si ella se mostrara. Y aquí está el problema. La esencia que se concibe como trascender, esto es,

1 jose.ruiz@filos.ucm.es

2 «El fundamento, si es otra cosa que una simple hipótesis metafísica debe hacer la prueba de su realidad y esto debe hacerse sin recurrir a consideraciones o teorías mediatas». P. 164: «la esencia de la manifestación debe poder mostrarse» M.Henry, *L'essence de la Manifestation*, Presses Universitaires de France, 1963, p. 49. A continuación este libro se citara con las siglas *EM*.

3 «Que el acto de aparecer aparezca, eso significa que la esencia de la manifestación se muestra y que, así, es susceptible de actuar. Que esta manifestación del acto de aparecer sea realizada por el acto de aparecer mismo, eso quiere decir que este acto es el fundamento de su propia manifestación»: «En tanto que la esencia es el fundamento de su manifestación ella es autónoma» *Ibid.*, p. 269.

como salida de sí, como la deyección que despliega un horizonte de comparecencia, deja en la más completa oscuridad el modo como ella misma se manifiesta. La trascendencia, aquello que en el monismo ontológico pretende hacerse valer como la esencia originaria de la manifestación, no guarda su propia comparecencia. Dicho con palabras de Michel Henry: «la manifestación originaria de la trascendencia no es la obra de la trascendencia misma»⁴. La trascendencia es, por tanto, una esencia intrínsecamente dependiente, esto es, una esencia que sólo puede ser fenoménicamente real sobre el fondo de una patencia más originaria y distinta de ella misma. Por lo mismo, el monismo ontológico, esto es, la concepción fenomenológica que sostiene que la trascendencia es la esencia originaria de la manifestación, es inherentemente inconsistente⁵.

El rasgo más admirable del pensamiento de Michel Henry, a la vez que su núcleo más hondo, es haber asumido sin ambages la anterior inconsistencia para intentar superarla. Siempre fue claro para él que «la principal y más poderosa ilusión de la fenomenología contemporánea [es] creer que... la trascendencia es fenomenológica y ontológicamente una esencia autónoma»⁶. Como, por otra parte, «sólo una determinación de la estructura interna de la esencia [de la manifestación] posibilita la delimitación del campo de los problemas últimos de la fenomenología»⁷, la mayor parte de su obra filosófica tenía que consistir en el intento de lograr una auto-comprensión renovada del quehacer fenomenológico, en el que se guardara el originario sentido que tiene la apelación a lo que se muestra, al fenómeno.

Veamos a continuación el modo como Michel Henry asume la esencia originaria de la manifestación, es decir, la fenomenalidad. Si asumimos que la trascendencia es una esencia real dependiente, queda implícitamente planteada la siguiente pregunta: «¿En qué consiste la manifestación del acto originario de la trascendencia... dónde nace la fenomenalidad de este acto, dónde reside su realidad?»⁸. La respuesta que Michel Henry da a esta pregunta puede sintetizarse como sigue: trascendencia, esto es, despliegue en el afuera de un horizonte de sentido trascendental, puede haberla sólo en tanto que asentada o situada en una forma de manifestación más originaria, a saber, lo que él va a llamar *inmanencia*⁹. Además de «inmanencia», «auto-afección», «auto-revelación», «auto-aparecer» y «auto-donación» son las palabras que Michel Henry usa más a menudo para nombrar el fundamento que sostiene la trascendencia, esto es, la esencia originaria de la manifestación.

4 M. Henry, *EM*, pp. 258-259.

5 «La puesta en evidencia de la incapacidad de la trascendencia para asegurarse la posibilidad de su propia manifestación no es sino la puesta en cuestión de las presuposiciones ontológicas fundamentales del monismo. Con la evidencia de esta incapacidad se hace clara la imposibilidad para la trascendencia de fundarse a sí misma y de constituir así la esencia de un fundamento» *Ibid.*, p. 259.

6 «Quatre principes de la Phénoménologie», *Phénoménologie de la Vie I, De la Phénoménologie*, Presses Universitaires de France, 2003, p. 93.

7 M. Henry, *EM*, p. 72.

8 M. Henry, *EM*, p. 244.

9 «¿Qué significa para una manifestación, «no ser la obra de la trascendencia»?... No ser la obra de la trascendencia significa para una manifestación, surgir y realizarse independientemente del movimiento por el que la esencia se arroja y proyecta precedentemente bajo la forma de un horizonte, surgir, realizarse y mantenerse independientemente del proceso ontológico de la objetivación, es decir, precisamente en la ausencia de toda trascendencia... El acto que se revela independientemente... del movimiento por el que él se proyecta fuera de sí, se revela en sí mismo, de tal manera que este «en sí mismo» significa: sin rebasarse, sin salir de sí. Aquello que no se rebasa, que no se arroja fuera de sí sino que permanece en sí mismo sin abandonarse ni salir de sí es, en su esencia, inmanencia. La inmanencia es el modo originario según el cuál se lleva a cabo la revelación de la trascendencia misma y, como tal, la esencia originaria de la revelación» *EM*, pp. 279-280.

Ahora bien, una cosa es aplicar nombres a la esencia de la manifestación y otra cosa distinta es determinar la estructura interna de tal esencia. Tratemos ahora de entender someramente cómo se entiende la esencia de la manifestación en Michel Henry, esto es, tratemos de entender qué significa *immanencia* para Michel Henry. *Inmanente es la esencia de la manifestación en tanto que tal esencia es de consuno el modo como la manifestación se realiza y aquello mismo que en esa manifestación se hace patente*. La esencia de la manifestación es immanencia porque ella esencia manifestándose a sí misma. Es decir, que la esencia de la manifestación no se trasciende a sí misma para mostrarse sino que ella es, a la vez y en esencial unidad, lo mostrado y cómo se muestra lo mostrado: «la donación y aquello que es dado son lo Mismo, una auto-donación en un sentido original»¹⁰. Esta donación, esta manifestación unitaria de sí desde sí, esto es, la retro-referencia propia de la manifestación originaria, es lo que designa el prefijo «auto» que aparece continuamente en los nombres utilizados para referir la esencia de la manifestación¹¹. Fijémonos ahora en que, de esta manera, el concepto de immanencia, tal y como Michel Henry lo delimita, se dota de los caracteres formales que antes dijimos que venían exigidos por el requisito de autonomía de la esencia de la manifestación, a saber, que el mostrarse de una esencia de la manifestación no pueda depender de un modo de manifestación distinto de ella misma y que, por tanto, la esencia de la manifestación ha de auto-mostrarse. Ahora bien, esta delimitación formal de la noción de immanencia deja todavía en el aire el problema de su realidad. Michel Henry es consciente de ello:

El problema del aparecer original lo hemos definido como un autoaparecer, es decir, como un aparecer en el cual es el aparecer mismo el que aparece, dando por supuesto que es este aparecer como tal el que produce su auto-aparecer. Podemos preguntarnos entonces si un auto-aparecer tal «existe», si él es otra cosa que un concepto especulativo y como tal problemático. En una fenomenología, los conceptos especulativos y problemáticos no tienen nada que hacer. En una fenomenología, «existir» no puede querer decir sino aparecer. «Phénoménologie non intentionnelle: une tâche de la phénoménologie à venir», *Phénoménologie de la Vie I, De la Phénoménologie*, p. 115.

El verdadero problema estriba entonces en dilucidar si la estructura formalmente autónoma de la immanencia «existe», esto es, dilucidar si la esencial retro-referencia de la manifestación a sí misma es fenoménicamente real¹². Michel Henry pretende que esto es efectivamente así. Cuando se trata de acreditar esta pretensión Michel Henry suele apelar al carácter de la afectividad en su realidad viviente. En la vida afectiva, en el sentimiento, trasparece una experiencia sin distancia alguna, esto es, una experiencia que no «pone delante» aquello que en ella se muestra. Michel Henry entiende que lo que aquí se hace patente es una suerte de manifestación unitaria de sí desde sí, de tal manera que la immanencia acreditaría aquí su efectiva realidad en tanto que esencia autónoma¹³.

10 M. Henry, *Phénoménologie Matérielle*, Presses Universitaires de France, 1990, p. 73.

11 «la retro-referencia del acto de aparecer a sí mismo es lo que determina este acto en su esencia» *EM*, p. 289; «La auto-afección designa la retro-referencia a sí misma de la esencia de la manifestación, es decir esta esencia misma tomada en lo que constituye la posibilidad ontológica de su propia manifestación» *Ibid.*, p. 290.

12 «La posibilidad de la autonomía es lo que debe ser exhibido si la manifestación de la esencia es otra cosa que un voto» *Ibid.*, p. 269; «La posibilidad [de la autonomía] cesa de ser abstracta, ella es otra cosa que una condición = x, si ella se exhibe en el campo que ella funda de la fenomenalidad como eso mismo que ella funda» *Ibid.* p. 270.

13 «La identidad de lo que afecta y de lo afectado reside y se realiza, encuentra su posibilidad no teórica sino real, la efectividad de su efectuación fenomenológica, en la afectividad» *Ibid.*, p. 581.

Esta presunta constatación de la realidad de la inmanencia permitiría superar el contrasentido inherente al monismo ontológico. El acaecer real de una dimensión extático-trascendental puede ahora entenderse en tanto que situado en una auto-manifestación que se cumple sin distancia alguna. Es decir, la trascendencia puede ahora entenderse como esencia fenoménicamente real sobre el fundamento de la inmanencia¹⁴. La inmanencia revela a la trascendencia. «La inmanencia, dirá Michel Henry, es la esencia de la trascendencia»¹⁵.

Para terminar este breve apunte en torno a la posición de Michel Henry respecto al problema de la fenomenalidad quiero hacer notar que, siendo la inmanencia el fundamento originario de la trascendencia, sin embargo, una y otra esencia se oponen en su obra como dos modos antagónicos de manifestación: de un lado la auto-manifestación unitaria de sí desde sí, de otro lado el mostrar que trasciende lo mostrado, que lo muestra en la distancia, poniéndolo delante y fuera de sí. Esta oposición es utilizada por Michel Henry para dotar de nuevas determinaciones, digamos «por contraposición», a la estructura interna de la inmanencia. Todo aquello que se hace visible en un horizonte trascendental arraiga en la trascendencia pero, todavía más originariamente, en la obra de una manifestación ajena a tal visibilidad. Que el ver de lo visible esté sostenido en una manifestación que no «ve» nada, que no se exhibe fuera de sí, viene a caracterizar a la inmanencia como «lo invisible»¹⁶. Por otra parte, como la inmanencia es el fundamento originario que sostiene y funda el mundo visible, lo visible no sería la realidad originaria. La inmanencia se determinaría de esta manera como la realidad originaria que nada tiene que ver con la irrealdad aparente del mundo. En resumen, por tanto, si la trascendencia conforma el modo de manifestación de lo visible, de la apariencia mundana irreal, por contraposición, la inmanencia se caracteriza como el modo de manifestación invisible que originariamente sitúa, como la esencia de la vida real que mantiene en la experiencia inmediata de su pathos¹⁷.

Aquí no se puede matizar más las «caracterizaciones» positivas que Michel Henry refiere a la inmanencia, eso sí, de una manera meramente analógica. Tampoco es necesario. La crítica que a continuación va a realizarse pretende mostrar que esta suerte de «caracterización positiva» es por principio imposible, es decir, que la pretensión de determinar fenomenológicamente una esencia de la manifestación encierra un contrasentido. Se apuntará, además, por qué pensamos que en la originaria apelación fenomenológica a los fenómenos no se está distinguiendo esencialmente nada y, por tanto, por qué pensamos que toda asunción de la fenomenalidad es siempre, por principio, dogmática.

II

Con el fin de llevar a cabo esta crítica, es preciso volver por un momento a las dos condiciones inherentes a una esencia de la manifestación fenoménicamente real:

1. Ella ha de mostrarse.
2. Ella ha de conformar esencialmente todo mostrarse.

14 «La inmanencia es la esencia de la trascendencia porque ella la revela, pero, más precisamente y más profundamente, porque ella la revela de tal forma que la hace posible en su esencia» Ibid., p. 312.

15 M. Henry, *EM*, p. 309.

16 «En tanto que la esencia no se manifiesta en el mundo, en el medio puro de la visibilidad donde toda cosa deviene visible en sí misma, en tanto que ella no es ni esto ni aquello, la esencia es invisible» Ibid., p. 549.

17 Cf. Ibid., p. 861.

Estas dos condiciones sólo pueden conjugarse si la esencia de la manifestación es el fundamento esencial de su mostrarse como esencia. Es decir, si la esencia se hace manifiesta desde sí misma. Esta autonomía, ya lo dijimos, es un requisito formal inherente a una esencia de la manifestación. También hemos dicho ya que la esencia de la manifestación será fenoménicamente real sólo si esta estructura formal que a ella es inherente no es un mero postulado sino algo que se hace de suyo patente. En otras palabras, la identidad entre el esenciar de la esencia y la esencia mostrada tiene que *hacerse patente*. Pues bien, aquí reside un problema grave que no puede esconderse ya. Decimos que la estructura formalmente autónoma de la esencia sólo puede ser real si *se hace patente* la identidad del esenciar de la esencia y de la esencia mostrada. El problema estriba en este «hacerse patente» porque, o bien se admite que este *hacerse patente* es un fundamento ajeno a la esencia de la manifestación, o bien hay que postular que este hacerse patente es la obra misma de la esencia. Obviamente, si se admitiera que la realidad de la autonomía de la esencia no descansa en la esencia entonces tal esencia no sería la esencia de la manifestación. Michel Henry es consciente de ello, por eso afirma que la realidad del auto-aparecer no se da «sino en su aparecer efectivo y por él, en su efectividad fenomenológica como tal incontestable»¹⁸. Pero no nos engañemos en esto: ¿cómo podría *hacerse patente* la estructura retro-referencial de la esencia en el despliegue fenoménico concreto de la esencia? ¿Para que la identidad retro-referencial de la esencia se haga patente acaso no tenemos que «contar» justamente con un «hacerse patente»? ¿Y no habría que preguntar otra vez si la realidad fenoménica de este hacerse patente es ajeno a la esencia o es la obra de la esencia? La pretensión de que una esencia se manifieste a sí misma es ilusoria. La acreditación de esta pretensión conllevaría un regreso al infinito que sólo podría cerrarse dando por supuesto un fundamento fenoménico que contradiría la autonomía fenoménica de la esencia. La «realización» de una esencia autónoma es, por tanto, imposible. Esto quiere decir a su vez que las condiciones formales que constituyen la posibilidad de una esencia de la manifestación son fenoménicamente irrealizables. El concepto de fenomenalidad carece, por tanto, de realidad fenoménica concreta. Dicho todavía con otras palabras: es imposible acreditar fenoménicamente algo así como una esencia de la manifestación.

Quién se rebele contra esta conclusión señalando que, independientemente de toda «argumentación formal», la esencia de la manifestación *se revela* como teniendo tal o cual forma, no hace sino dar palos de ciego, sin haber entendido que la *revelación* de una forma no puede determinar la forma de la revelación y, por tanto, que ninguna forma revelada puede asumirse fenomenológicamente como la forma de la manifestación. En todo caso y para ver más claro lo que ya va dicho, puede ser ilustrativo considerar a continuación cómo pretende Michel Henry acreditar la realidad de la esencia de la manifestación, entendida como immanencia, en la vida afectiva.

El modo como se hace patente la afectividad no tiene, sin duda, el carácter de un «mostrar poniendo delante»: la vida afectiva se muestra sin distancia alguna. Como Michel Henry señala, «la mirada objetivante... es incapaz de manifestar... una tonalidad afectiva»¹⁹. Ya dijimos antes que, por lo mismo, Michel Henry piensa que en la afectividad se constata el carácter autónomo de la esencia de la manifestación, esto es, la unidad de un manifestarse a sí desde sí:

18 M. Henry, «Phénoménologie non intentionnelle: une tâche de la phénoménologie à venir», *Phénoménologie de la Vie I, De la Phénoménologie*, p. 115.

19 M. Henry, *EM*, p. 684.

La afectividad es la esencia de la auto-afección, su posibilidad no teórica o especulativa sino concreta, la inmanencia misma tomada no en la idealidad de su estructura sino en su efectuación fenomenológica indubitable y cierta, ella es la manera como la esencia se recibe, se siente a sí misma, de tal manera que este «sentirse» como «sentirse a sí mismo» presupuesto por la esencia y constituyéndola, se descubre en ella, en la afectividad, como este sentirse a sí mismo efectivo, esto es, precisamente como sentimiento *EM*, pp. 577-578.

Si esta constatación fuera fenoménicamente real a su través se estaría atestiguando la realidad de la fenomenalidad entendida como inmanencia o auto-afección. Importa ver que, en realidad, esta presunta constatación fenomenológica es un mito. Consideremos el asunto «concretamente», es decir, considerémoslo en su realidad fenoménica efectiva. ¿Acaso tenemos que en la vida afectiva, el sentimiento se haga patente a sí desde sí como Michel Henry pretende?²⁰ En absoluto es patente tal cosa. El sentimiento comparece ciertamente sin la mediación de distancia alguna pero en ningún caso es cierto que el fundamento originario de este hacerse patente sea el sentimiento mismo. En ningún caso se aprecia que el sentimiento se muestre *desde sí mismo*. La estructura formal de la autonomía no se constata en la patencia del sentimiento. La estructura interna de la inmanencia que supuestamente conforma la manifestación no comparece de manera fenoménicamente real. Las siguientes citas pueden valer como ejemplos del modo como Michel Henry hace violencia a los fenómenos para constatar lo que no puede ser constatado, esto es, una esencia real de la manifestación:

Aquello que el odio revela es el odio mismo y nada más, aquello que revela el amor, es el amor... de esta manera todas nuestras tonalidades, todos los sentimientos revelan, en la medida en que ellos se revelan, en tanto que ellos constituyen ellos mismos el contenido de la revelación que se realiza cada vez en ellos *EM*, p. 693.

El sentimiento, un sentimiento cualquiera, no se revela solamente a sí mismo en sí. En tanto que se revela a sí mismo, en tanto que se revela a sí mismo y que revelarse así a sí mismo, experimentarse a sí mismo, es el acto de la esencia, el absoluto, se revela el absoluto, la esencia del absoluto idéntica a la afectividad misma *EM*, p. 841.

En realidad, no hay realidad fenoménica alguna que nos permita afirmar que el odio o el amor realice su propia revelación, que el sentimiento conforme su propia fenomenalidad. La retro-referencialidad de la fenomenalidad ni se constata en la afectividad ni puede, en general, constatarse²¹.

20 «Es por él mismo que el sentimiento es afectado en su afectividad, en aquello que hace de él un sentimiento, es él mismo el que revela, él mismo y nada más» *EM*, p. 705.

21 Que la fenomenalidad de la cogitatio no puede determinarse nunca por la cogitatio misma es algo que Michel Henry reconoce ambiguamente en ocasiones. Cuando esto sucede Michel Henry termina apelando abruptamente al auto-aparecer de la Vida absoluta, de la Carne, como fundamento sustantivo originario de la fenomenalidad. Pero una apelación así tiene poco sentido cuando ni la realidad del carácter retro-referencial del aparecer ni la realidad de una sustancialidad inmanente se ha salvaguardado fenoménicamente. A decir verdad tal apelación es ya sólo la insistencia en una pre-concepción fenoménicamente injustificada: «La *cogitatio* se revela a sí misma. En eso consiste su esencia: en el hecho de revelarse a sí en ausencia del mundo y de todo lo que en él se ve. La *cogitatio* es una auto-revelación... Que la *cogitatio* se revele a sí misma no es precisamente obra suya. No es la *cogitatio* la que se lleva a sí misma a esta condición que es la suya: solamente en la auto-revelación de la Vida absoluta es ella una cogitatio... lejos de que el *cogito* sea un punto de partida y la *cogitatio* un dato suficiente en sí mismo, el uno y la otra no son sino el resultado de una generación» *Incar-nation, une Philosophie de la Chair*, Éditions du Seuil, octubre 2000. pp. 126-7.

Por lo demás, tampoco deja de ser cierto que incluso si se concediera que algo así como una estructura retro-referencial se «hiciera patente» en la afectividad, el fundamento de este «hacerse patente» seguiría quedando indeterminado. En otras palabras, estaríamos suponiendo una comparecencia que hace patente la identidad entre la esencia revelada y el esenciar de la esencia, con lo cual la esencia no coincidiría con la fenomenalidad, etcétera.

Al margen de estos equívocos, lo que Michel Henry sí ha visto claramente en sus consideraciones en torno a la fenomenalidad es que ella no tiene originariamente el carácter de una «apertura antecedente que instauro un espacio de comparecencia», esto es, que la manifestación no acaece originariamente a manera de apertura trascendental. Michel Henry ha visto que ni la intencionalidad ni la trascendencia podrían determinar el carácter esencial de lo compareciente pues ellas, para ser reales, necesitan de una comparecencia distinta de ellas mismas. Todo esto lo ha visto Michel Henry claramente pero ha interpretado que la fenomenalidad habría de asumirse esencialmente de manera distinta, es una nueva forma. La immanencia es para Michel Henry la forma que habría de englobar todo contenido fenoménicamente manifiesto. La forma de toda forma²². La fenomenalidad no tiene, sin embargo, esencia ni forma alguna. Consistir en esto o lo otro, tener tal o cual estructura esencial, es sólo posible en la distinción de algo fenoménicamente manifiesto. «Manifestarse», «ser patente», «comparecencer», son apelaciones que no *determinan* la originaria realidad fenoménica de algo sino que remiten a la realidad fenoménica que está supuesta en toda distinción de *algo*. La concreta comparecencia de *algo* no es esencialmente determinable.

Es quizá inevitable que lo que se acaba de decir produzca alguna perplejidad. A fin de cuentas, cuando dejamos indeterminado lo concretamente compareciente, lo fenoménico, ¿no dejamos flotando en el aire la categoría fenomenológica fundamental? Demos ahora la palabra a Michel Henry precisamente en tanto que crítico de la posición que aquí estamos defendiendo:

Pero ¿puede ser despojado el aparecer de toda significación y de todo contenido fenomenológico efectivo? Aquello que hace de él lo que es, eso no es ni una palabra ni un concepto, menos todavía la idea indeterminada de un aparecer omnivalente... Si el elemento fenomenológico que sirve de soporte y funda un sistema de pensamiento cae en una indeterminación total, o sea en un formalismo vacío, si se prescinde de todo análisis riguroso del modo de manifestación propio a la venida del aparecer en sí mismo según su sustancialidad fenomenológica propia, entonces la donación pura... no tendría ya sino una relación verbal con la fenomenología. Los conceptos puros de donación... son en sí mismos [sólo] conceptos «Quatre principes de la phénoménologie», *Phénoménologie de la Vie I, De la Phénoménologie*, pp. 103-104

La verdad es justamente la contraria. Que la manifestación no sea esencialmente determinable, no hace vacía la apelación al «fenómeno» o lo «manifiesto». Esa apelación no se convierte en un signo arbitrario que nada refiriera. Lo único que sucede es que tales apelaciones no son conceptuales, es decir, no sirven para distinguir algo sino para remitirnos a la concreción que antecede a toda distinción abstracta. Está muy claro lo se quiere decir cuando se apela originariamente a los fenómenos, está muy claro a qué nos referimos cuando hablamos de lo patente. Pero ser-patente

22 «La afectividad es la forma de la forma, la esencia de la esencia. Por esta razón, de esta manera, la forma es afectiva, no como la simple forma de los objetos, como la condición ontológica de su posibilidad, sino en tanto que esta forma de los objetos es ella misma posible» *EM*, p. 638.

no es un contenido fenoménico más que pudiéramos determinar. Los fenómenos no comparecen ni en la tras-cendencia, ni en una auto-afección. Los fenómenos no están sujetos a forma alguna ni pueden ser metafóricamente asimilados desde forma alguna. La patencia no es fenomenológicamente determinable porque ella no mienta sino la efectiva realidad de todo contenido fenoménico determinable. Algo como fenomenalidad es un mero esquema discursivo carente de toda posible concreción fenoménica.

Muy lejos de que dejar indeterminada la origina consistencia de los fenómenos sea una deficiencia para la auto-comprensión de la fenomenología lo cierto es que sólo hay lugar para la fenomenología si la apelación al fenómeno se asume en su indeterminación. Cuando, por el contrario, a los fenómenos se les adhiere de entrada una determinación esencial, cuando se hace de los fenómenos una *región material* esencialmente determinable, la fenomenología estrangula su propio fundamento. Si la fenomenología prescribe ante todo la primacía de los fenómenos, si los fenómenos son el único suelo de legitimidad que ella conoce, una esencia de la manifestación no podrá nunca hacerse valer fenomenológicamente sin caer en un círculo vicioso²³. En este punto la tentación es grande pues basta asumir alguna de las posibles determinaciones de la fenomenalidad para que todas las descripciones fenomenológicas queden engarzadas en un cierto esquema sustantivo de sentido. A la vista de tales «beneficios» puede incluso parecer poco importante que el esquema del que tales beneficios dependen no pueda acreditar su originaria legitimidad. Un solo problema hay con esto: el despliegue de la fenomenología, el pretendido ejercicio de una razón originaria, acaba de esta manera enredada en precomprensiones ajenas a la íntima pretensión que la constituye.

Corresponder a la posibilidad de la fenomenología conduce a la necesidad de asumir que los fenómenos no son tema esencial de la fenomenología sino la originaria realidad que todo esfuerzo discursivo de explicitación esencial supone. Que esto es así no es algo que ningún análisis pueda «demostrar» sino algo incoado ya en el principio de todos los principios.

Tanto de aparecer, tanto de ser. La apelación al fenómeno y al ser se confunden. Lo concretamente compareciente carece de esencia.

23 A continuación de la nota que acabamos de citar señala Michel Henry lo siguiente: «La desaparición de la vida oculta todo-poderosa... dejaría expedito el lugar a la especulación tradicional, a una filosofía del lenguaje separada de un basamento en la Verdad, libre de desplegar sin fin sus invenciones verbales y sus juegos de palabras» «Quatre principes de la phénoménologie», *Phénoménologie de la Vie I, De la Phénoménologie*, p. 104. Es lo contrario lo que es cierto: un basamento en la Verdad será fenoménicamente originario y coherente sólo si tal basamento no puede determinarse en su esencia (sí, por tanto, no depende de ninguna otra forma de verdad). La Verdad originaria es la patencia fenoménica que, como tal, está fenoménicamente indeterminada. Es la asunción de una Vida sustancial autónoma lo que introduce la arbitrariedad fenomenológica, lo que carece de legitimidad fenoménica originaria. Es su asunción la que rompe la posibilidad de una fenomenología pura coherente consigo misma.